

siste á los soberbios (Jac. 4-6); pues aunque Dios sea enemigo de todos los vicios, la Escritura no dice en términos formales que Dios resista á los inmoderados, á los coléricos y á los avaros, sino á los soberbios. Los otros vicios recaen sobre aquel que los comete, pero el orgullo ataca á Dios, y merece por su insolencia que Dios le resista.

5° Hé aquí la razón porque Dios, que es el médico y el autor de todas las criaturas, sabiendo que el orgullo es el principio de nuestras enfermedades, ha querido que aquel que había caído por el orgullo se levantase por la humildad. El demonio dijo: *No subiré á lo más alto de los cielos* (Isaías 14-13). Jesucristo dijo: *Mi alma se ha humillado hasta el pobre* (Psal. 43-25). El demonio dijo: *No seré semejante al Altísimo* (Isaías 14-14). Y Jesucristo estando en la gloria de Dios se anonadó él mismo tomando la forma de un esclavo (Philip. 2-6-7). El demonio dijo: *No colocaré mi trono encima de los astros de Dios* (Isaías 14-14). Jesucristo dijo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, etc.* (Matth. 11).

6° Para librarnos de un vicio tan peligroso, debemos decir con san Pablo, en todas las virtudes en que reconozcamos haber hecho algún progreso: *Esto no lo he hecho yo, sino la gracia de Dios que está conmigo*; no pudiendo persona alguna adquirir por sus propias fuerzas la perfección de las virtudes y llegar á la beatitud. En efecto, cuando consideramos que el buen ladrón se abrió el cielo por una sola confesión, y que David recibió el perdón de dos grandes crímenes por una sola palabra de penitencia, reconocemos que una dicha tan grande en el primero de los méritos de su vida pasada, y que una sola palabra en el otro no merecía ese perdón; sino que Dios difundió su gracia con abundancia allí donde el pecado había abundado, y que viendo el sincero arrepentimiento de ese rey borró dos grandes crímenes por una sola palabra y por una confesion plena y perfecta.

7° Es necesario, pues, convenir con nuestros ancianos Padres que nadie puede llegar á la pureza de corazón, en que consiste la perfección religiosa, si no está bien persuadido que todos sus esfuerzos no pueden levantarse por sí mismos á este alto estado, y que para esto necesita el auxilio y la misericordia de Dios; pues todos nuestros ayunos, nuestras vigiliass, nuestras lecturas, nuestra soledad, nuestra clausura, son cosas muy insignificantes para merecer una recompensa tan grande como es esa pureza celestial. El trabajo del hombre no puede compararse con el don de Dios, y por eso debe ser su bondad la que se lo conceda. También se nota en estos ancianos Padres, que la pureza de corazón, que en tan alto grado habían adquirido, les daba también la ventaja de reconocer mejor el gran número de sus pecados. El dolor que sentían por sus imperfecciones de día en día se iba aumentando á proporción de esta divina pureza; suspiraban sin cesar sobre sus faltas, lo que les llevaba á protestar con voz de trueno que no esperaban la dicha de la otra vida de sus trabajos, sino de la sola bondad de Dios.

8° Casiano enseña prueba con muchos pasajes de los Libros santos, que en aquello que se refiere á nuestra salvación nada podemos sin la asistencia de Dios, y demuestra de cuantas maneras somos deudores á la gracia y á la bondad de Dios. Combatiendo después el orgullo, que nos es tan propio, con los sentimientos de humildad, la que nos debe inspirar la necesidad que tenemos de los auxilios de Dios, dice que la experiencia de los ancianos Padres, la pureza de su vida, la inocencia de sus acciones y el alejamiento del vicio, nos ha hecho conocer claramente que en esta fé consistía la perfección del hombre, y que sin ella no podía tener piedad alguna para con Dios, ni reformar su desarreglada vida, ni perfeccionarse en las virtudes.

9° El mismo autor dice que un religioso fué entregado á un espíritu de incontinencia por haber caído en un senti-

miento de blasfemia contra Jesucristo por un efecto de su orgullo; y que Joas (2° Paral. 24-17-18-etc.), que se había hinchado de vanidad por los respetos que se tributaban á su dignidad, cayó en los excesos de la idolatría, y concluye, sobre el ejemplo de este príncipe que se extravió tan extraordinariamente, que una alma soberbia queda abandonada de Dios á toda suerte de pecados y que sólo por una humildad sincera puede llegar á purificarse con perfección.

10° Habla después de un orgullo más grosero que ataca á los jóvenes religiosos. El primero de que habla, tienta á aquellos que domaron los otros vicios, inspirándoles una vana complacencia por sus trabajos pasados y por las virtudes que han adquirido, y haciendo que lo atribuyan mas bien á sus propios cuidados que á la gracia de Dios. « Así, dice, después que el demonio ha visto que sus esfuerzos han sido inútiles tratando de combatir á estos hombres con los vicios de la carne, se esfuerza para vencerlos con los del espíritu, y reducir en polvo por un sentimiento de orgullo los largos trabajos de su vida pasada. »

11° Entra después en el detalle de los efectos que este orgullo grosero produce en el alma de un joven religioso, manifestando que esta funesta pasión ya no le permite renunciar de corazón á la vanidad del siglo para abrazar la humildad de los Hijos de Dios; que por más que la profesión de la vida religiosa de que ha hecho votos no sea mas que un testimonio público de que él ha abrazado la mortificación de la cruz, y que esta profesión no pueda subsistir ó crecer si no está establecida sobre este doble fundamento de creerse interiormente muerto al mundo, y que la vida de su cuerpo debe ser como una muerte continuada; él sin embargo en ninguna de estas disposiciones entra, se promete una vida larga, toma sus medidas para pasarla bien en perjuicio de la vida religiosa, olvida la práctica de las virtudes, ya no gusta de los discursos espirituales, cree que cuanto

en ello se dice se refiere á él ; lo que lejos de corregirle, le irrita y le endurece más. Por fin, cae de un vicio á otro vicio, de un abismo á otro abismo, y levanta un destestable edificio compuesto de todos los pecados capaces de precipitarle en una ruina aun más funesta.

« 12° Hé aquí las señales exteriores, prosigue Casiano, de este orgullo grosero de que hablamos. Desde un principio hace el tono de nuestra voz más elevado, nuestro silencio sombrío y amargo, nuestras risas ruidosas é inmoderadas, nuestras tristezas insipientes, nuestras respuestas agrias, nuestros discursos ligeros, nuestras palabras sin discernimiento, sin peso, sin gravedad ; nos hace impacientes, sin caridad, audaces para ultrajar á los otros, sensibles á las injurias que recibimos, tardíos en obedecer, sino cuando hemos ya prevenido por nuestros deseos aquello que se nos manda, incapaces de recibir un consejo y de sufrir una reprensión ; impotentes para resistir á nuestra propia voluntad, inflexibles para someternos á la de los otros, siempre obstinados en sostener nuestro dictamen, y jamás en estado de rendirnos al de nuestros hermanos. Así nos hacemos incapaces del consejo y de la dirección, y llegamos al atrevimiento de tener más confianza en nuestro juicio que en el de nuestro superior. »

13° Casiano después de esto propone los medios de librarnos de esta funesta pasión y de adquirir la pureza de corazón, que es el fin de la vida religiosa. « Si queremos, dice, que nuestro edificio sea perfecto y agradable á Dios, apresurémonos á echar sus fundamentos, no según los movimientos de esta voluntad particular, sino según la verdad del Evangelio. Estos fundamentos son el temor de Dios y la humildad, que vienen de la dulzura y de la simplicidad del corazón. En esta humildad sólo se entra por una entera pobreza. Si no somos verdaderamente pobres, nunca llegaremos á ser ni obedientes, ni pacientes, ni dulces, ni paci-

bles, ni perfectos en la caridad, y sin estas virtudes nuestro corazón no podrá ser el templo del Espíritu Santo. »

14° Que el atleta, pues, de Jesucristo, que combate para obtener la corona, ante todo se acelera á matar esta cruel bestia del orgullo que devora todas las virtudes, cimentándose en una humildad sólida, en una obediencia sin fingimiento, en un despojamiento completo ; que se considera no sólo como muerto al mundo, sino también como un insensato que hace sin discernimiento todo aquello que sus ancianos le mandan. Cuando estará establecido en este estado, todo lo sufrirá con paciencia por una humilde dependencia ; y el gran medio de sufrirlo todo no solo con paciencia, más aún con paz, es representarnos los sufrimientos del Salvador y de los santos, la corta duración de esta vida y que iremos dentro de un momento á tomar posesión de la gloria eterna : estos son los pensamientos que, bien grabados en el corazón, dan el golpe mortal al orgullo y á todos los vicios.

No hemos creído poder dar una idea mas justa de la doctrina espiritual de los solitarios de Egipto, que haciendo el análisis de esos *Libros* de Casiano, que nos demuestran de que manera combatían los defectos y las tentaciones en sus discípulos, y que prácticas de virtud les inspiraban. Este autor nos lo enseña él mismo en el libro once : « Los Padres de Egipto, dice, relatan en sus conferencias todas las tentaciones, ó aquellas que ellos sufren ó las que los jóvenes deben sufrir en lo futuro, como si también las sufrieran ellos mismos. Todo se lo descubren, á fin de que patentizándoles todas las ilusiones del demonio, aquellos de entre los jóvenes religiosos que son más fervorosos, noten en los discursos de esos Padres toda la serie de tentaciones que sienten y que mirándolas como en un claro espejo, reconozcan las causas de los vicios que los atacan, y los remedios que les deben aplicar. Así también se instruyen por

adelantado de la manera como se deben conducir en las tentaciones venideras, antes que experimenten sus efectos, y saben como podrán ó evitarlas, ó atacarlas, ó vencerlas. Esos santos varones, como verdaderos médicos de las almas, preveyendo las enfermedades que pueden corromper á los cuerpos, las curan antes de nacer con las conferencias espirituales como con antidoto divino, y no permiten que crezcan y se fortifiquen en los jóvenes, descubriéndoles al mismo tiempo las causas de estas pasiones y los remedios para curarlas. »

El análisis de los *Libros* de Casiano nos dispensa de referir aquí aquella larga serie de sentencias de los Padres del Egipto, que se encuentra en la colección que de ellas se ha hecho bajo el título de *Palabras notables de los Padres de los desiertos*, y que se pueden ver en *Rosweide* y en la traducción de *Arnaud de Andilly*. Nos parece inútil colocarlas aquí, por contener los mismos principios y las mismas máximas; además que relatamos aquellas que llevan los nombres de sus autores, refiriendo cuanto hemos podido recoger de sus acciones y de sus sentencias.

SANTA SINCLÉTICA, ABADESA¹.

La historia de santa Sinclética es del número de aquellas de que no se puede dudar sin hacerse despreciar. Si san Atanasio no ha sido el autor de ella, como muchos sabios de nuestro tiempo aseguran, contra Nicéforo á quien siguió Arnaud de Andilly, es no obstante cierto que su autor es contemporáneo, quien no solo ha relatado lo que personas

¹ Los Bolandistas, Cotelier.

fidedignas y que habían conocido á la santa desde su juventud, le dijeron; sino que él mismo tuvo la dicha de verla. El cardenal Baronio sintió mucho de que en su tiempo no la encontrase; pero después se la descubrió en la biblioteca del Escorial del rey de España. David Claville, escocés, la tradujo en latin tal como la vemos en Bolandio; y Cotelier nos ha dado su texto griego con la traducción latina al lado. Sobre estas memorias la vamos á escribir aquí. Separaremos de ella las instrucciones ascéticas que forman su principal parte, á fin de no interrumpir la narración de su Vida, y de estas instrucciones formaremos la de su doctrina espiritual.

A esta ilustre Santa se le debe la gloria de haber sido madre de las religiosas, como á San Antonio de haber sido el padre de los religiosos. Y por más que nada queramos decidir aquí sobre el estado monástico, si el gran Antonio puso esta santa profesión en un nuevo lustre, por el número de solitarios que se formaron bajo sus ejemplos; se puede decir lo mismo de santa Sinclética, la cual en su tiempo fué por sus virtudes y sus saludables consejos, el ornamento y la gloria de los monasterios de mujeres; pues atrajo un gran número de ellas y las formó tanto con su vida edificante como con sus palabras llenas de la unción del Espíritu Santo. También su historiador confiesa que cuando uno la considera le sucede lo mismo que á aquellos que, queriendo mirar fijamente al sol, quedan sus ojos heridos por el vivo resplandor de sus rayos.

Era oriunda de Macedonia, de una familia muy noble y riquísima. Sus mayores abandonaron este país para pasar á Alejandría atraídos por la piedad que entonces hacía muy célebres á sus habitantes. Tuvieron el consuelo de ver ellos mismos que aquello que les habían dicho estaba muy conforme con la verdad. La uniformidad de la fé y la caridad que allí reinaban les gustaron tanto, que ya no pensaron